

En todo cantar y servir

Cristóbal Fones, SJ

La Tirana. 20:30. Llegamos en un vehículo cómodo después de un conversado viaje desde Iquique. La Pastoral Juvenil me ha invitado a acompañar una celebración especial para los jóvenes durante la multitudinaria fiesta mariana. Se me abren los ojos de fascinación al pasar por la Iglesia principal. Todo es color y vida. Llegamos al templo viejo. Ni un alma alrededor. Me aseguran que llegarán los jóvenes más tarde. El frío de la noche cala hasta los HUESOS. Todo es silencio y oscuridad.

22:00. Acaso seremos unos 20. La espera ha sido fatigosa. Se decide armar la cosa “con los que somos”. A lo lejos suenan tambores de gloria. Alguien se percata de mi presencia y me ofrece un café. Descuidado, me quemo hasta las entrañas. Entonces descubro que me duele la cabeza. Hay frustración y desencanto en el ambiente. Prueba de sonido. “Esto no va a funcionar”, me digo desesperanzado...

Concepción, año 2002. Concierto en el Instituto de Humanidades. Llega bastante gente. Ánimo en el ambiente y... una lluvia torrencial. El lugar escogido: un patio con techo de vidrio. El encargado de sonido me mira con angustia. Intento transmitir calma, pero sólo para saludarlo ya tuve que gritar desenfrenado. Las dos primeras canciones fueron solo lucha. El volumen era suficientemente alto como para que nadie pudiese disfrutarlo. Me detuve un segundo para respirar... estaba absolutamente desconcentrado, con rabia. ¿Quién dijo que cantarle a Dios era fácil?

A veces la gente piensa que los artistas viven en un permanente estado de gracia, casi místico. O que su alabanza es medio espiritualista, desencarnada. Mi experiencia estos años ha sido otra. La música religiosa es un espacio privilegiado de encuentro con el mundo, con la creación, con mi cuerpo, con otras personas, con el Señor. Cada vez que canto, lo hago en una situación humana muy distinta, llena de desafíos. Estados de ánimo, personas, historias, expectativas, diversas imágenes de Dios, desórdenes del corazón... todo confluye y todo cabe.

San Ignacio decía que el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima [EE 23]. Y estas cosas juntas, pues alabar a Dios es servirlo, y darle gloria es luchar porque el hombre viva. Aquí cualquier dicotomía es inútil, paralizante. En mi canto al Señor experimento pasión, compromiso, esperanza y gratitud. También nostalgia y hasta a veces vacío. Pero la cosa no se acaba en mí: eso es lo más fascinante. Hay algo mucho más profundo que los propios sentimientos.

Recuerdo un Encuentro de Provincia que tuvimos los jesuitas en Padre Hurtado. Unos juniors me pidieron que cantara un rato por la noche en el templo para los que quisieran asistir. No tenía muchas ganas, pero me animé a hacerlo. Tenía la voz cansada y el corazón pesado. Pero el lugar se empezó a llenar y, con cada compañero que llegaba, también se llenaba mi espíritu. Esto no era un cuento personal, sino de la Compañía, de la

Iglesia. Un talento es una responsabilidad. Creo que esa noche comprendí más hondamente qué puede ser esto de alabar a Dios con nuestro canto.

La música tiene algo extraordinario: sólo existe cuando se interpreta. Es bueno detenerse y pensarlo por un minuto. Un par de partituras; unos papeles con texto y acordes no son música. Tampoco un CD guardado en el estante. La música es acción, y acción narrativa, discursiva. Sucede en el tiempo humano y está orientada al encuentro. No es simplemente un objeto a contemplar, sino un absorbente lenguaje que exige toda nuestra participación... dentro de un proceso, claro: no hay por qué asustarse.

Pero creo que el canto religioso es más trascendental todavía. La verdad es que, al menos en términos apostólicos, el canto se presenta más bien como una actitud. Y es que para mí esto ha tenido que ver ante todo con la comunicación. Seamos sinceros: cantar es exponerse, hacerse vulnerable. Y no lo digo por el hecho de ser escuchado o criticado por otros. Lo digo porque significa anunciar, desplegarse, ser para los demás.

Estoy convencido que la verdadera alabanza que escucha el Señor por nuestras voces no es una hermosa melodía. Lo que da gloria a Dios es lo que somos a través de nuestro canto. Autenticidad podría ser una palabra clave a este respecto. Tenemos una extraordinaria tradición en este sentido: ¿acaso no es increíble –a veces hasta francamente irreverente- el modo como los salmos se dirigen a Dios? Eso supone sin duda una actitud básica de confianza, familiaridad y transparencia. Ante Dios, pero también los demás.

Recuerdo un encuentro en una parroquia de Santiago junto a un pequeño coro... Había dos miembros que estaban tan expectantes de lo que conocían por mis discos que cuando me vieron llegar fue una gran desilusión. ¡Peor fue cuando me puse a tocar guitarra! Su actitud al comienzo amable y casi servil, se había transformado de pronto en profundo rechazo.

Les costó una buena parte de la jornada renunciar al artificio que se habían construido de encontrarse con una estrella. Con los demás cantamos mucho, aprendimos canciones, rezamos juntos. Pero ellos se mantuvieron distantes y despectivos con los demás. No abrieron la boca sino hasta la tarde cuando, entre lágrimas, compartieron lo que verdaderamente llevaban dentro, justamente a propósito de una de las canciones. El grupo los acogió con cariño y se incorporaron con cuerpo y alma al canto final.

Y es que el canto revela lo que somos, lo que llevamos dentro; no resiste muchas máscaras. Es hermoso ver cómo cantando, crecemos. Además, nos reclama coherencia. Cuando uno canta su fe, la hace pública, compartida. La comunidad tendrá el derecho de esperar que uno viva lo que profesa. Si no quiero ser considerado un divo “pinta-monos”, lo menos que se espera de quien alaba a Dios con su canto es compromiso.

Pero, al mismo tiempo que reclama mi condición bautismal, la Iglesia es la que da el apoyo. Por medio suyo uno recibe el don. Aunque esté cantando a solas en mi pieza, es la comunidad cristiana quien dio lenguaje y vida a mi relación con Dios. Los otros nunca serán intrusos en mi camino espiritual, porque son básicamente su contenido. Quién dice que ama a Dios a quien no ve, pero no ama al prójimo a quien ve es un mentiroso. Léase

ese “ama” como “canta” y ya está. La música es un regalo para ser compartido, para vivir en comunión.

Alabando a Dios con el canto me he ido haciendo consciente de sus muchas bendiciones. Por decirlo así, he ido aprendiendo a reconocer sus propias melodías. Hay palabras y sonidos que repito y repito. De a poco se han ido haciendo historia. Muchas veces –si no todas- llego a confiar en lo que digo gracias a la respuesta de los demás, no la propia. Porque de la boca al corazón a veces hay un largo recorrido.

Un episodio fue clave para mí en este sentido. Cuando todavía estaba en el colegio, participé en la primera caminata a los Andes organizada por la Vicaría de la Esperanza. En esa época nos quedábamos a dormir en carpa. El domingo por la mañana, el P. Cristián Precht me pidió cantar un poco para ayudar a reunir la gente cerca del santuario antes de la misa. El coro previsto para esa ocasión les había fallado.

Estaba tan nervioso que no se me ocurría ninguna canción. Tenía un miedo horrible a equivocarme. Sólo veía una masa de gente en frente mío. Todas mis energías estaban, por decirlo así, centradas en mi mismo. Me pasaron una guitarra y con voz de quinceañero comencé tímidamente: “En ti, en ti, en ti, Señor...”. La gente comenzó a cantar fuerte y de a poco se construyó un hermoso vínculo con ellos.

Increíble: pude entonces distinguir sus rostros, cambié la tonalidad para que les quedara más cómodo, se me olvidó que estaba en un lugar tan grande; ni siquiera tuve que usar papel para recordar la letra. Su entusiasmo renovó mi corazón. Me sentía proclamando una gran verdad: “ni tampoco en nosotros, sino en ti, Señor...” Sin duda fueron otros los que me ayudaron a creer lo que yo mismo estaba cantando.

El canto religioso es gigante como el mar. Hay muchos modos de alabar a Dios con el canto. La cosa es tan amplia y compleja como la vida misma. Mi experiencia apostólica junto al pueblo mapuche me enseñó a reconocer eso viendo a una madre susurrar como por diez minutos mientras amamantaba a su niño. Es alabanza el coro polifónico en las celebraciones solemnes y también lo es el desordenado grupo juvenil. Es alabanza un Fernando Leiva arriba del escenario y el canto de los calmos trapenses en su monasterio. ¿Dónde habita Dios sino en el corazón humano?

Pero así como el arte nos evangeliza, también éste necesita ordenarse al Reino. No basta tener una linda voz o saber tocar guitarra. El canto es verdadera oración cuando el que lo lleva adelante es el Espíritu Santo. Y, en palabras de San Ireneo, donde está el Espíritu, ahí está la Iglesia. Así como encontramos la verdad en la Escritura y la bondad en la lucha por una vida justa, el lugar propio para el encuentro con la belleza es la vida litúrgica, la celebración de la comunidad. Algo para discernir con espíritu generoso. Y no me refiero únicamente a la Eucaristía, sino más bien al sentido de pertenencia al Cuerpo de Cristo en su expresión más simbólica y nítida a la vez.

Si el que canta no participa ahí donde la vida se nutre, fácilmente su alabanza se tornará solipista, el texto de su música se hará trivial, sus melodías se tornarán alienantes

y desencarnadas. Cantar es amar. Cantar es comprometerse. Cantar es hacerse disponible y solícito para atender las necesidades de los demás, donde el Señor sale a mi encuentro. Cantar y servir, amar, echar raíces, participar, hacer comunión: eso es alabar a Dios con nuestra música.

22:15. La Tirana. Un grupo grande de jóvenes se acerca a la explanada del templo antiguo. Traen su alegría, sus ganas de celebrar y de cantar. Se arma la media fiesta. La Virgen María se une al baile desde el cielo y los organizadores (y yo) nos reímos de nuestra falta de fe. Hasta la garganta se me despeja. No se me fue el dolor de cabeza, pero el canto y la oración me hicieron olvidarlo por un buen rato.

Concepción. Pido un minuto de silencio para escuchar la lluvia que parecía competir contra nosotros. El minuto se hacen dos, tres, cuatro. Hasta que todos estamos calmados. A capella, empiezo suavemente: “Hoy, Señor, vengo ante ti...” Todos se suman y pareciera que hasta el agua del cielo viene a colorear tan sagrado momento. Dejé a un lado la programación de los cantos y me quedé repitiendo antifonas más simples. Cada uno hizo oración en sus propias palabras. Fue una verdadera renovación bautismal. Sí, Dios es infinitamente fiel.